

poco tiempo de acabar la guerra la situación no era precisamente brillante: los medios de comunicación habían sido seriamente dañados y la producción se resentía de una desorganización total. Según confesión del Gobierno, el mercado negro, la anarquía en la distribución de licencias, las medidas de importación equivocadas y la negligencia demostrada por la Administración no han hecho sino agravar el mal.

No se pone en tela de juicio la honestidad de Mujib; sin embargo, las contradicciones existentes en el seno del Gobierno le impiden tomar medidas eficaces contra la corrupción. El poder se lo reparten, en efecto, dos lobbies: el lobby indosoviético, dirigido por el ministro de Hacienda, Tajjudin Ahmed, y el americano, apoyado por la mayoría de los miembros de la Liga Awami. Esta rivalidad se deja sentir cruelmente cada vez que el Gobierno ha de tomar una decisión fundamental y explica en parte la falta de una política coherente.

También la oposición está bas-

tante dividida. Relegado a la clandestinidad desde la guerra, el partido maoísta de Toaha organiza a los campesinos del Norte en la región de Noakhali. Los otros grupos de extrema izquierda, los de Deben Sidkar, Amal Sen, Zafar y Menon, gozan de amplias simpatías entre los miembros de la clase obrera y los coolies (en total, dos millones de personas, aproximadamente). Estos partidos han decidido presentarse a las elecciones de marzo de 1973, pero dudan de si formar un frente común con el viejo líder campesino Maulana Bashani. Este musulmán maoísta de noventa años es, sin embargo, el único que puede representar un desafío para la popularidad de Mujib.

Los «guardias rojos»

Sin embargo, el fenómeno político fundamental de los últimos meses lo constituye, sin duda, el nacimiento de una oposición estudiantil. Ferozmente mujibista

en un principio, la mayoría de los estudiantes se han unido a la fracción más radical de Rab y Siraj. Partidarios de un "socialismo científico" mal defendido, son quinientos mil y tienen ramificaciones en todo el país. Hijos o nietos de campesinos, los estudiantes siguen en cierto modo unidos al medio del que proceden, y su influencia sigue siendo importante en las aldeas.

Al grupo Rab Siraj se han unido el "mayor" Jelil, héroe de la independencia que fue encarcelado por haberse atrevido a denunciar el pillaje de que fue objeto el país por parte del Ejército indio, y los "Mukti Bahini", los valientes guerrilleros del Bangla-

Desh apartados del poder tras la liberación. Los "Mukti Bahini" han tenido que ceder ante los "Lal Bahini" o "guardias rojos", nueva fuerza paramilitar cuyo aire fascista no deja de sembrar inquietud. Los "Lal Bahini" se proponen, según el jeque, eliminar a los "elementos antisociales"; en Dacca, estos "guardias rojos" se hallan actualmente enzarzados en violentas disputas con el partido socialista nacional de Rab y Jelil, y se habla de que después serán enviados a restablecer el orden en las comunidades agrícolas.

La "Bengala dorada" no está a la vuelta de la esquina. ■ KENI-ZE MOURAD.

Uruguay

UN DIA CUALQUIERA...

Usted está en Montevideo en una mañana de invierno. La columna del termómetro descendió casi hasta el cero y un viento helado sopla sin cesar desde el mar. Sale a la calle, transita por remolinos de basura, por policías ocultos en camiones cuadrados, gigantescas cajas azules y sombrías, con ruedas, con ojos diminutos que horadan el blindaje.

Son las ocho de la mañana. Como usted no sólo está en Montevideo, sino que se llama... (un ama de casa uruguaya), camina hasta la puerta del mercado. Hay una larga cola que espera la llegada de las papas. Usted se acerca, envuelta en su grueso abrigo de paño, la bolsa colgando del brazo. Veintitrés personas le ganaron la delantera. Mira su reloj y calcula que falta por lo menos media hora hasta que lleguen las papas. Dos mujeres conversan, y no hace falta escucharlas para conocer el tema: política. Prácticamente, el único en el Uruguay de hoy. «Fue ayer de madrugada», dice una de las mujeres. Cuando usted la mira, convierte su voz en un susurro. Usted vuelve la cabeza hacia la calzada, simula indiferencia porque no quiere intranquilizar a nadie. Ese es el momento que aprovecha el niño de siete años para ofrecerle lápices, bolígrafos. «No necesito». «Entonces deme algo, doña, lo que pueda. Tengo que ir a ver a mi papá que está enfermo».

Usted ya sabe: es la historia de todos los días. Cada uno tiene su cuento: el más difícil o el más eficaz. Pero detrás de esa historia barata y repetida está la miseria. Una miseria real que usted puede palpar en los mocos secos por el viento en el rostro del niño. Porque usted sabe que no hay trabajo; que sube el coste de la vida;

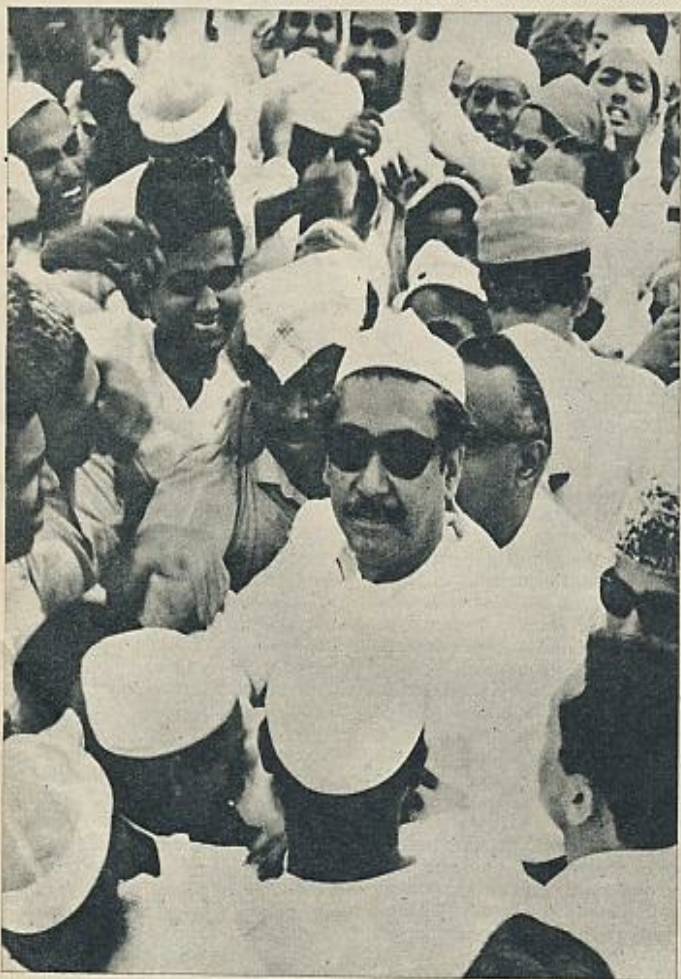
que esta legión de niños no aprende porque no van a la escuela. Pero, si consiguen ir a la escuela, tampoco aprenden porque comen poco y mal. Fideos y arroz, arroz y fideos si ese día tuvieron la suerte de tragar algo.

La cola fue avanzando y usted se siente más cerca de las papas. Las dos mujeres hablan ahora del costo de la vida, de la escasez y de esos productos que hay pero pocos pueden comprarlos. «Roberto gana cuarenta y cinco mil pesos —usted "traduce" y se encuentra con sólo 45 dólares, más o menos—, y un kilo de carne cuesta mil», dice la más flaca de las dos mujeres y calla de golpe. «¡Se acabaron!». Usted se sorprende por ese grito en mitad de semejante silencio. «¿Qué cosa?», pregunta una mujer que está delante, que usted no puede ver pero que imagina con el rostro rojo de rabia. «Las papas, señora, las papas. ¿Qué quiere que se acabe?». «Las colas, por lo menos», se alcanza a escuchar entre el murmullo de fastidio mientras la gente se dispersa. El frío la ayuda en su decisión de tomar el problema de la comida con calma. «Esto no es lo peor que le puede pasar a una», piensa usted mientras regresa a su casa.

Camina sólo dos cuadras. Una discusión en voz alta la detiene. Junto a la puerta de su jardín, una mujer increpa al cobrador de impuestos. «Esto pasa porque aquí nadie quiere trabajar, aquí la gente nació toda para ser rica. Todos quieren ser doctores. Si la Policía mata a unos cuantos de esos revoltosos, de una vez se acabarían los problemas».

Usted se olvida que es... (una simple ama de casa) y que está en Montevideo en esta mañana de invierno: «Sí —la grita—, y que entre esos cuantos estuviera su hijo». La mujer la mira apar-

Cuando, recién liberado de las cárceles pakistaniés, el jeque Mujib aterrizó en el aeropuerto de Dacca, la muchedumbre le recibió enfervorizada. Hoy su pueblo le sigue siendo fiel, pero ya no le demuestra aquel entusiasmo.



tando al cobrador con un gesto y baja hasta la acera. «Comunista —la grita—. Comunista. ¿Por qué no te vas a Cuba y nos dejas en paz?». Usted se acuerda que es... y, sobre todo, que está en Montevideo y se aleja caminando con paso tranquilo como diciendo: «Aquí no ha pasado nada».

Al fin regresa a su casa, revisa el buzón, recoge el diario y dos cartas. Una carta es del Banco de Crédito, porque usted debe dos meses de alquiler. La otra es de su hermano Daniel, que vive en Canadá desde hace seis años. Y usted piensa: «Daniel, en Canadá, y Walter, en Venezuela; mi hermana Ana María, preparando los papeles para irse a Australia, y Ernesto... Ernesto, en el campo de concentración de Punta Rieles; el médico de la familia, preso en un cuartel de Minas; los mellizos de Angela, en la penitenciaría; Angélica, mi otra hermana, ¿quién sabe dónde?, y mi primo David, en un cuartel de Laguna del Sauce, y la secretaria de la escuela, en la Jefatura, y... todos amenazados». Abre la carta de Daniel y la lee: «Pero si no parece complicado con ningún delito concreto, ¿por qué está preso el doctor Reiga?... Me dices que Angélica pasó a la clandestinidad; me pregunto por qué no te avisó nada o dejó dicho dónde podíamos encontrarla para caso de necesidad... No entiendo muy bien eso de los estudiantes manejando armas de fuego...». Usted hace un gesto de fastidio y se pregunta si es posible que Daniel se haya convertido tan rápidamente en una especie de marciano, un ser de otro planeta. Se sienta frente a la máquina de escribir y comienza una carta: «Querido Daniel: Desespero que puedas entender nada si sigues pensando en un Uruguay de hace ocho años. Te he explicado hasta el cansancio que aquí se tortura a la gente hasta matarla, que la Policía o el Ejército se llevan a quien quieren y, a veces, pasa un mes sin que se sepa dónde...». Saca la hoja de la máquina, la

estruja, la arroja al canasto, la sustituye por otra en blanco y vuelve a escribir: «Querido Daniel: Es necesario que entiendas de una vez que este Uruguay no es el que tú conociste».

Finalmente, antes de firmar la carta, usted le rogará a Daniel que la perdone si ha sido dura, le pedirá que no vuelva a hacer preguntas «inocentes», le dirá que le quiere.

Pondrá la carta en un sobre, la meterá en su cartera, atenderá el teléfono que está sonando y escuchará la voz de Ana: «Hola, ¿te acuerdas que hoy es el cumpleaños de Julio?».

«¿Julio?... Sí, sí...», porque usted no sabe quién es Julio.

«¿Tú piensas ir?».

«Sí; por supuesto, por supuesto...».

«¿Entendiste bien?».

«Mira, voy ahora en una corrida hasta tu casa, así te devuelvo el molde que me diste ayer».

En realidad, usted no entendió nada porque ya no se puede confiar en el teléfono: siempre puede haber un grabador, una oreja, una interferencia. Se vuelve a poner el abrigo y corre hasta la casa de su amiga. «Esta tarde tenemos un acto relámpago de desagravio frente a la casa de Julio Graffe —le dice Ana—. Anoche los fascistas le pusieron una bomba». Usted se compromete a concurrir, vuelve a su casa, calienta el agua para los fideos y, mientras espera, hojea el diario. Nada sobre la bomba. Quita la olla del fuego, coloca los fideos en la fuente, los mezcla con queso y aceite, los lleva a la mesa.

Son las doce y cinco, hora de que lleguen su marido y sus hijos. Usted se prepara un café porque no tiene tiempo para almorzar y se viste como para ir al centro. La primera en llegar es Carmencita: «Por favor —la recomienda usted—, traten de no pelear con tu padre en la mesa». A las doce y veinte está vestida, los treinta cuadernos en el portafolios y su familia ya almorzan-



do. Usted escucha la voz de Carmencita que dice: «¡Otra vez fideos!». Y la de Santiago: «Y... mientras haya fideos...». Después, la de su marido: «Pero si ustedes querían esto... ¿De qué se quejan ahora? ¿No decían que cuanto más pronto se deteriorara todo más rápido vendría el arreglo?». Y otra vez Carmencita y Santiago, y nuevamente su marido, alzando todos cada vez más

la voz, trezados en la misma discusión de todos los días. «Olvidé hablar de esto a Daniel», piensa, y está a punto de llorar. No pierda la paciencia. Usted irá a la escuela, la maestra de cuarto se acercará a decirle: «¿Supiste lo de anoche en La Teja?». Entonces recobrará su confianza, porque no todo es silencio y represión. Hay uruguayos que pelean. ■ MARIA ESTER GILIO.

Economía

LA PROBLEMÁTICA DEL SUBDESARROLLO ECONOMICO

La editorial Siglo XXI cuenta entre sus publicaciones con una importante colección de trabajos orientados a explicar el funcionamiento en general y las características estructurales propias de las economías iberoamericanas, contribuyendo con ello al mejor conocimiento y difusión de una problemática compleja; problemática que la teoría económica del desarrollo, elaborada para explicar otros fenómenos propios al proceso de crecimiento de las economías desarrolladas, no ha acertado a comprender ni articular en un sistema coherente y explicativo de la situación. Entre esas publicaciones cabe referirse, entre otras, a las obras de Celso Furtado, "La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana" y "Teoría y política del desarrollo económico", al trabajo colectivo de H. Taguaribe, Aldo Ferrer, M. S. Wionczek y Theotonio dos Santos, "La dependencia político-económica de América latina", y algo más recientemente a la muy interesante aportación de Oswaldo Sunkel con la colaboración de Pedro Paz, "El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo". Por último, otra interesante muestra de renovación del instrumental teórico disponible es la obra de A. Castro y C. Lessa, "Introducción a la economía (un enfoque estructuralista)".

Por supuesto que la mayor parte de estos trabajos no comparten idénticos puntos de vista. Así, por ejemplo, las posiciones sostenidas por Celso Furtado difieren notablemente de las aproximaciones de Theotonio dos Santos, H. Cardoso, Aníbal Quinjano, Enzo Faletto, André G. Frank, entre otros, mostrando su diversidad tanto en el orden metodológico como a la hora de aportar soluciones o alternativas a la situación actual. Ello no impide que aquí tratemos de recoger algunos de los principales puntos que han servido de base a una amplia discusión sobre esta temática. Por ello, hemos creído interesante seleccionar algunas de esas cuestiones sobre las que se centra la discusión.

1. Una hipótesis de trabajo fundamental consiste, como señala Oswaldo Sunkel, en concebir el subdesarrollo como parte integrante del proceso global de desarrollo: "Tanto el subdesarrollo como el desarrollo son dos aspectos de un mismo fenómeno, ambos procesos son históricamente simultáneos, están vinculados funcionalmente y, por lo tanto, interactúan y se condicionan mutuamente, dando como resultado, por una parte, la división del mundo entre países industriales, avanzados o centros, y países subdesarrollados, atrasados o periféricos... El desarrollo y el subdesa-

